
Presentación

*M*itad espejo, mitad sueño, los indígenas americanos han representado la principal fuente de reflexión antropológica de Occidente. Cualquiera que haya sido el grado de distorsión al que la escritura europea ha sometido a las culturas indígenas, desde fines del siglo XV los europeos no han dejado de pensar la diferencia, y por tanto de pensarse a sí mismos, a través de los indios; nuestros antípodas por antonomasia: nobles salvajes y canibales terribles. Fue el conocimiento de las poblaciones indígenas, como es sabido, lo que, al impulsar la exigencia de comprender la variación humana dentro de lo que era por primera vez una perspectiva comparativa global, sentó las bases de la ciencia social moderna. Durante cierto tiempo este lugar de referencia se redujo por efecto de las ideas y políticas homogeneizadoras. Pero en un muy breve periodo de tiempo la tendencia parece haberse invertido. Las culturas indígenas están resurgiendo en términos demográficos, políticos y vitales. Y con ellas también cobra fuerza la reflexión —propia y ajena— sobre quiénes son y qué lugar ocupan. Posiblemente esto se debe a una combinación de factores. Algunos tienen un carácter político. El auge y la extensión

de la política de la identidad ha propiciado que el antiguo estigma de la diferencia se haya tornado casi una virtud. Y en este contexto, los pueblos indígenas han pasado a ocupar, en algunos países, un lugar casi central en los debates sobre la reforma del Estado y el modo en que cada nación debe organizar su diferencia interna.

A decir verdad, no es que las culturas indígenas se muestren particularmente preocupadas por cuestiones de identidad colectiva (asunto que no deja de ser una manía propia de nuestra tradición europea). Pero aun en condiciones que no son del todo de su elección, la nueva coyuntura ha permitido que algunos grupos y sectores indígenas —no todos— hayan logrado atraer tanto la atención pública internacional como la de sus respectivos países. Otros factores tienen un carácter intelectual más general. El retraimiento de los paradigmas totalizadores, y con ellos las expectativas de una razón universal y un ideal de la verdad, en favor de miradas más relativistas (o más perspectivistas) han renovado el interés por otros puntos de vista. Las ideas indígenas acerca de la naturaleza, de la sociedad, de la persona, de la política, de los mundos imaginales, etc., son suficientemente distintas como para obligarnos a forzar un poco nuestra imaginación y tensar nuestros automatismos intelectuales y lingüísticos. Pero también, a medida que nuestro mundo se vuelve más complejo tecnológica y moralmente, descubrimos que las ideas indígenas, en lugar de vestigios arcaicos (cuyo interés residía precisamente en este carácter vestigial), abordan con frecuencia problemas conceptualmente semejantes a los que nos interesan a nosotros. Evidentemente, el interés de estas ideas no reside en que puedan funcionar como alternativas a las nuestras, sino en su capacidad de multiplicar nuestros puntos de vista. Si todo conocimiento de otras culturas es una experimentación con la propia, en el caso de las culturas indígenas americanas esto es especialmente cierto.

Pedro Pitarch